

Afirmando Posiciones

A propósito del manifiesto de "Claridad"—

Cualquier movimiento que agite, como el actual, a los elementos sociales, produce naturalmente una grave confusión de doctrinas y una deplorable pérdida de orientaciones. Naufragan en el desconcierto general los principios que antes se sostenían con firmeza y hasta con intransigencia, se confunden finalidades y propósitos, y termina por incurrirse en claudicaciones y renuncios que después es difícil remediar. Conviene, pues, afirmar siempre los principios aunque la acción que las circunstancias exijan difiera algo de ellos en sus modalidades prácticas y en sus consecuencias inmediatas.

Así, en presencia de la grotesca revolución militar del 5 de Septiembre, consecuentes con nuestros principios, afirmamos, una vez más, nuestra hostilidad hacia el Estado coercitivo y violento por esencia; pero, al mismo tiempo, considerando la dictadura militar entronizada como una intensificación de las funciones liberticidas del Estado, adoptamos, frente a ella, una franca posición de combate. Comprendemos el valor relativo de los ideales y bien sabemos que en beneficio de los mismos ideales es preciso adoptar actitudes congruentes con la realidad del ambiente y del momento.

Desde luego los ideales libertarios exigen para su realización el nacimiento de una nueva conciencia, el desarrollo de hábitos inéditos de cooperación solidaria, la formación de un medio favorable al pleno florecer de las individualidades. Esos ideales son fuertes y puros porque dan al destino humano un sentido de perfeccionamiento infinito, significan una cumbre hacia la cual, según todas las probabilidades visibles, conduce la evolución histórica. Actualmente, es cierto, no tienen otra eficacia que la de la esperanza. Son energías en marcha, que se abren paso, dificultosamente, a través de la estulticia de los hombres y la solidez de instituciones seculares. Son acicate de progreso. Mientras el principio de autoridad ha levantado siempre cadalsos para los esfuerzos innovadores, el principio de libertad, la crítica osada, la investigación anti-dogmática, han ido aclarando el horizonte de la vida verdadera.

Aplicados a la política, a la sociabilidad y a la economía los postulados libertarios, resultan, en la actualidad, poco menos que impracticables. Los sostenemos como una bandera de propaganda y como una anunciación del futuro; estaremos al lado de todo aquello que permita acercarnos a su realización total, y combatiremos todo aquello que, abierta o solapadamente, contribuya a empequeñecernos. Por eso hemos luchado y lucharemos contra los políticos que representan el Foder y la odiosa tiranía de la plutocracia capitalista, y luchamos hoy contra los militares que sirven desde los organismos del Estado los mismos intereses, pequeños y parásitos que los otros defendían y que continuarán defendiendo cuando entren de nuevo a disfrutar del ejercicio de la autoridad.

Nuestro criterio para apreciar el pronunciamiento de Septiembre es simple y claro: Vemos en él una crisis del Estado, el cual

empezaba a desmoronarse, como un edificio ruinoso, debido a las flaquezas y a las inmoralidades de los partidos. Las clases oligárquicas y clericales, y la bancocracia, amenazadas en sus intereses y prebendas por una inminente intromisión violenta del pueblo, se echaron en brazos del Ejército y de la Marina, que a su vez se sentían descontentos y preteridos. Movimiento reaccionario por su esencia, por la fisonomía doctrinaria de sus dirigentes, por las fuerzas políticas que en la sombra fijan el cariz de sus determinaciones cotidianas, representa para todo espíritu o tendencia libre una amenaza constante y un peligro evidente. Aceptarlo como una fatal imposición de fuerza sería cobardía, y señalaría un triste desconocimiento del juego de los fenómenos colectivos; cruzarse de brazos ante él, en nombre de ideales de libertad absoluta, sería absurdo y entrañaría una inconsciente complicidad con la dictadura.

Por nuestra parte queremos el pronto término de esta situación oprobiosa por que atraviesa el país; pero no deseamos, como otros, la vuelta a la "normalidad", es decir, al imperio de las viejas instituciones, sino el establecimiento de una fórmula que, dentro de las posibilidades que pueda ofrecer el desarrollo espiritual de Chile, garantice del modo más amplio las libertades individuales y la justicia social. Contrarios al régimen imperante no podríamos sin embargo guardar contacto o reconocer concomitancias con las banderías políticas que, en un prudente y mesurado silencio, esperan que la dictadura militar se derrumbe bajo el peso de sus propias ineptias o al empuje de la asonada callejera para entrar a medrar, como antes, a costa de la indiferente pasividad de todos. Estamos franca, abierta, firmemente contra los militares; pero bastante alejados de los antiguos intereses que empiezan a manifestarse repuestos ya del estupor de la derrota y de la vergüenza de sus actuaciones últimas.

Solos como ayer, ejerciendo nuestra crítica apasionada contra este régimen, como la ejerceremos contra todos los regímenes fundados sobre la autoridad y el privilegio, quisieramos, sin embargo, que las fuerzas nuevas, las que no tienen complicidad con el pasado ni con el presente, se unieran para actuar y conseguir un mañana más digno. No tenemos gran fe en que esto se verifique. Faltan en Chile anhelos colectivos; los organismos proletarios carecen de cohesión y por lo tanto de fuerza y de eficacia. Pasará la dictadura militar dejando en el haber de la República un cúmulo de torpezas políticas y de inmoralidades administrativas, y, sobre todo, leyes peligrosamente reaccionarias que obligarán a repetidos y acaso violentos esfuerzos de liberación. Y subirán los viejos titeres del tinglado parlamentario — es posible que los más viejos, los más teñidos de conservantismo — a continuar el juego de sus intereses ante las miradas bobas y las sonrisas aquiescentes de un pueblo estólido, ignorante y cobarde que no sabe comprender ni se atreve a querer.

EUGENIO GONZALEZ.

CONTRA EL SUFRAGIO

Decíamos en ocasión pasada que el Estado trataba de remozarse y prestigiarse llevando a la administración de la cosa pública a los representantes de las fuerzas armadas; pero tal fenómeno no conduce a otra finalidad que la de evidenciar la crisis mundial de esta institución. Ahora bien, para contrarrestar la crítica y fomentar la ilusión en el pueblo haciéndole creer que es el soberano, le piden o le exigen, bajo sanciones legales, su participación en la gestación del Gobierno; para esto se implanta por un decreto o una ley el voto obligatorio.

Para los que aún creen en la eficacia del sistema representativo y del gobierno de las mayorías — pedestales básicos de la farsa democrática — esta obligación civil es el desideratum de las conquistas populares, pues suponen — ingenua o ladinamente — que se obtendrá el maximum de libertad y el mayor bienestar posible en las relaciones sociales, una vez realizadas tales aspiraciones.

Nosotros juzgamos este problema desde un punto de vista no sólo diverso sino opuesto: creemos que desde el momento mismo que un individuo elige su representante en el Gobierno u otra entidad — de buen grado o engañado — abdica parte de su libertad, va

de decir, se esclaviza o se somete a su representante. No nos es posible concebir sea compatible con la libertad individual la delegación de poder del representado en su representante, pues desde que este acto se consuma existe autoridad y aparece esta se destruye la libertad, así como muere la luz cuando aparece la obscuridad.

Los defensores del Estado y, por ende, del principio de autoridad, arguyen que no hay posibilidad de convivencia humana si no se delega el poder de un hombre o un grupo de hombres en otro hombre u otro grupo de hombres. Hay en esta afirmación un error substancial, puesto que la vida social ha sido posible, lo es y lo será sin la delegación de poder, bastando para que ella se realice armónicamente la delegación de función. Siendo esto algo muy distinto a aquello, ya que no entraña la gestación de ninguna autoridad, siempre que los delegados de cada función se encarguen de realizar ésta de acuerdo con las leyes naturales que nos sirven para interpretar los fenómenos producidos en cada función y que implican la realización de ella misma. Podemos aclarar estas premisas con un ejemplo sencillo: yo delego en mi cocinera la función de prepararme los alimentos, sin

que por esto la autorice para envenenarme o servirme comida quemada, ahumada o mal condimentada; así como ella delega en mí la función de curarla de sus enfermedades, sin que por ello me sienta yo autorizado para asesinarla o prolongarle sus achaques; pues si cualesquiera de nosotros trata de tergiversar su función doméstica o médica, el otro se rebelará y romperá el contrato social tácito en que vivíamos. Vemos aquí que sin autoridad es posible en la práctica la sociabilidad, bastando cierta capacidad funcional que cada uno puede adquirir en el medio en que se vive y cierta dosis de respeto a la personalidad humana que todo ser consciente debe poseer.

Así como en esta simple aplicación del libre-acuerdo que es la antítesis del gobierno, se conserva la libertad y el bienestar de mi cocinera y la mía, puede mantenerse la libertad y el bienestar de todos los individuos de una colectividad compenetrándose de las necesidades de cada uno y de las características fundamentales de su naturaleza. Y ni siquiera esto último es necesario, ya que lo esencial en las relaciones humanas sólo tiene atingencia con el problema de la producción y el consumo, fenómenos que son parte y no el todo en cada vida individual.

Sin embargo, a título de resolver asunto tan simple se ha complicado la vida del hombre y se ha creado una telaraña de instituciones que convergen al Estado, las cuales no logran satisfacer las aspiraciones y necesidades de ninguno y sacrifican — en cambio — la vida de todos.

Y no nos referimos solamente al autoritario Estado medioeval — el cual está asomando nuevamente las orejas en la superficie de toda la Tierra — sino también al Estado democrático — abrigado por la revolución francesa y hoy en bancarrota — y aún al Estado socialista — desprestigiado embrionariamente en Rusia. Esencialmente el Estado es el mismo aunque sus apariencias superficiales lo diferencien, ya que él pretende amparar la libertad y satisfacer las necesidades individuales, y no hace otra cosa que esclavizar a la mayoría de los grupos sociales que constituyen la masa gobernada como asimismo a la minoría privilegiada que ejerce el gobierno: en los regímenes autoritarios son ajenos a la libertad y al bienestar tanto los esclavos como los tiranos.

* *

Taemos todo esto a colación a propósito de lo que aquí sucede. En este rincón del mundo en que los militares y marinos están mangoneando, en apariencias, el gobierno (ya que desde entre bastidores son los capitalistas los que dirigen la farsa, se trata de embaucar a los incautos con el voto obligatorio.

Los demócratas y compañía se labran un pedestalito de defensores del pueblo combatiendo el voto proporcional, plural y otras lindezas por el estilo y anteponiéndole el sufragio universal. Estos chismes democráticos son cosa que a los libertarios no interesa, pues la tiranía, el hambre y la degradación humana reinan aún en los Estados que detentan la panacea del voto igualitario y universal. Lo fundamental no es tomar el cincuenta, el noventa o el ciento por ciento de participación en la gestación de los poderes públicos, sino no participar en la elección de ningún gobierno por muy demócrata que sea y empeñarse — desde luego — en una acción anti-política abierta, empezando por atacar la raíz del mal, o sea, luchando por no inscribirse en ningún registro electoral. Y si se está obligado por la violencia a ello, no votar; y si, aún, se está obligado a votar bajo la amenaza de las bayonetas, emitir un voto chusco, sufragando por el planeta Marte, el cometa Halley o el Czar de todas las Rusias. Así se hace conciencia revolucionaria y se señalan derroteros libertarios, pues proceder a satisfacer a los gobernantes que piden la venia del pueblo para justificar la implantación de la autoridad — máxima o mínima — sería embarcarse en la maraña política. Y no debemos olvidar que "el carro se empuja desde afuera", como dijo alguien a aquellos que pretendían de revolucionarios mientras participaban del poder que pretendían desquiciar.

Es así, afirmando en hechos — aunque sean aislados — como se llega a la realización próxima o lejana de los ideales. Y no hay que desmayar aunque nuestras fuerzas sean poco numerosas, pues no deja de correr el río hacia el mar porque sus aguas desaparecen del cauce casi totalmente dejando solo un hilo de plata cuando se deslizan por lechos arenosos, ya que más allá emergen a la superficie más puras, más cristalinas y caudalosas, corriendo siempre hacia el mar.

J. GANDULFO.